

que el tiempo se perdía en estos, he aquí una escuadra inglesa que había reclutado gente, y proveído de víveres en Jamaica el 6 de Junio, dos leguas al Oriente del Morro, ejecutó fácilmente el desembarco de sus tropas.

No será despropósito hablar de la situación de la Habana, ni menos de lo sucedido en aquella guerra, mayormente por depender la seguridad del continente de la suerte de aquella plaza, que es reputada su barrera.¹ Esta ciudad, cabecera de la isla de Cuba, es la primera que se presenta á los que vienen de la Nueva España; está al Norueste, y tiene dos cabos: el que queda á la izquierda llaman del Morro, por la excelente fortaleza que lo defiende; el de la derecha, Puntal, por otro castillo. Entre estos dos va el canal de quinientos pasos, que conduce á un puerto tan seguro y capaz, que no sabré afirmar si en el mar Atlántico que baña la América y Europa lo haya mejor. En este canal, á mano derecha, mirando al Oriente, está la ciudad, en cuya extremidad queda la fuerza, pequeña fortaleza; pero bien guarnecida con cuatro bastiones y una plataforma, en que estaban montados sesenta cañones. A esta se deben añadir otros dos castillos llamados Coximar y la Chorrera, con doce cañones cada uno, que miran á Oriente y Poniente, defensa que se había creído bastante contra los enemigos. Por esto se decía de aquella plaza que era inexpugnable; y ciertamente lo hubiera sido si enfrente del Morro, en la altura que llaman la cabaña, se hubiera edificado una ciudadela como la que se hizo despues por mandamiento de Carlos III. Sigámos la historia. Desembarcadas las tropas inglesas bajo el comando del conde Albemarle, marcharon

² Gacetero americano, tom. 2. fol. 70.

en una columna al Morro. En el camino les disputó el paso un ejército visón, pero el enemigo abriéndose en dos alas, la artillería que marchaba en el centro hizo tal destrozo en los soldados españoles, que se vieron obligados á huir á la ciudad. Los ingleses entre tanto, sin hallar oposición, pasado el rio Coximar, ocuparon el 1º de Junio la cabaña, puesto importante que queda enfrente del Morro, y superior á él. Luego se comenzaron los aproches, aun con todo el fuego que hacia el castillo, con tanta actividad, que á pocos dias formados los parapetos y baterías comenzaron los enemigos á batirlo. Entre tanto D. Juan de Prado y demas oficiales de la plana mayor, juntaron un consejo de guerra para resolver el modo con que impedir á la escuadra enemiga el que forzara el puerto, lo que pareció mejor expediente por entonces, fué echar á pique en el canal algunas naves de línea, que impidiendo los designios de los ingleses por lo pronto pudieran despues aprovecharse los cascos. A esto se opuso Goicochea, y uno ú otro capitán de navío, hombre de corage, exponiendo que era mas seguro y glorioso al nombre español, con quince naves de línea que había en el puerto, salir á combatir la escuadra enemiga: que del valor de sus capitanes y oficiales se podía esperar un feliz suceso, mayormente que las fuerzas contrarias no eran tan superiores como el miedo abultaba; que en las críticas circunstancias en que la plaza se hallaba, un combate decisivo haría conocer á los ingleses que los españoles aun conservaban el antiguo valor que los había hecho dueños del nuevo mundo. Mas la ruina de aquella plaza se acercaba, y este solo medio que podía salvarla fué despreciado. Efectivamente, luego se puso mano á echar á fondo en el canal tres navíos de línea.

Los ingleses, que espían los procedimientos de los españoles, cuando los vieron empleados en fondear aquellos navíos, no creían aun á sus ojos. Tan disparatada les pareció aquella resolución; pero despues que observaron que efectivamente se había llevado al cabo, seguros ya de la toma de la plaza, con menos riesgo, al tiempo que desde la cabaña batían en brecha el Morro, dos fragatas por el lado opuesto en ciertas horas del dia ejecutaban lo mismo. Entre tanto la guarnición del fuerte, bajo el comando de su gefe D. Luis de Velasco, frustraba las diligencias de los contrarios; y á la verdad poco hubieran conseguido si los ingleses desmontada la artillería del fuerte, no hubieran apostado un regimiento de diestros fusileros, que no dejaban parar español alguno ni en los adarves, ni en las troneras. No obstante esto, la guarnición se ayudaba como podía, rehaciendo lo que el fuego derribaba. Así siguió el sitio del Morro por varios dias hasta que los ingleses entendiendo que la cosa iba á la larga, determinaron minar la muralla. Esta operación se emprendió con cautela, para ocultar sus designios, y fué muy trabajosa por haber dado en peña viva; pero la constancia inglesa lo venció todo. Entre tanto los españoles oían el ruido de los minadores, que atribuían á alguno de los trabajos que se hacen en los reales. Formado el hornillo se le pegó fuego despues de medio dia con tanta felicidad, que cayó parte de la cortina, por donde los ingleses dieron el asalto con grande algazara, al mismo tiempo que los navíos hacían fuego por la otra parte. Al ruido acudieron las centinelas, y visto lo que pasaba avisaron á D. Luis de Velasco, quien con la espada en una mano, y en la otra una bandera, exhortando á la guarnición á hacer su deber, les salió al encuentro. A

la primera descarga cayó mortalmente herido: los enemigos lo retiraron con grande humanidad para curarlo; pero al fin murió. Faltando el comandante, y conociendo los españoles que era temeridad seguir en la defensa, rindieron las armas, y ocuparon los enemigos el Morro el 30 de Julio.

Sabido esto por el gobernador de la ciudad, dió orden de que toda la gente inútil para las armas saliera de ella. Entre tanto los ingleses intimaron á ésta que se rindiera; á lo que respondió D. Juan de Prado, que se defendería conforme á su deber. Oída esta respuesta comenzó el bombardeo; pero de modo que se advertía muy bien que los ingleses, mas querían aterrorizar á la ciudad que destruirla. Así que, no pudiendo defenderse, despues de maduro acuerdo el 13 de Agosto se convino en la capitulación, gozando cada uno de sus bienes, y conservando intacta la religion. Dados los rehénos de una y otra parte, se entregó la ciudad. Entonces se echó de ver el disparate que los oficiales habían cometido en fondear en el canal tres naves de línea, pues el almirante Pocok que mandaba la escuadra, luego que hizo reconocer el canal y poner valizas, entró con todos sus navíos sin contratiempo al puerto. La presa en esta conquista fueron doce naves de línea, y todas las embarcaciones menores, así del Rey como de los particulares, que había en el puerto.¹ En dinero, si hemos de dar crédito á los autores ingleses, cuatro millones y seiscientos mil pesos se hallaron en la ciudad de cuenta del Rey; lo que si es verdad, no se halla razon por qué no se pusieron en salvamento. Mientras que esto pasaba en la Habana, en Méjico se divulgó que los ingleses, vista

¹ Gacetero americano, tom. 2. fol. 72.

la dificultad del sitio del Morro, lo habian levantado, y alejádose de aquella isla, y como fácilmente creemos lo que deseamos, toda la ciudad se persuadió á que tal nueva era cierta. Aun se hablaba del caso, cuando un barco despachado secretamente de la costa de la Habana aportó á Veracruz con la noticia auténtica de la toma del Morro y ciudad. El marques de Cruillas incontinenti mandó pertrechar á Veracruz, y que de todas las provincias, bien que distantes de la capital doscientas leguas, bajaran á aquel puerto las milicias, sin por esto descuidar en que se hicieran levas. Temia, no sin fundamento, que ocupada la Habana destacaran los enemigos parte de su escuadra para tentar un desembarco en aquel puerto. Así que completado el regimiento que allí está de guarnicion, y despachadas muchas reclutas para la pronta ejecucion de las órdenes, á fines del año, pasó él mismo á aquel puerto. En este tiempo Méjico estaba apestada de viruelas, enfermedad que siempre va de la Europa, y eran quince ó diez y seis años que no se padecía, con lo cual la niñez y juventud fué contagiada, y por testimonio de testigos oculares, sabemos que en solo diez meses que duró esta calamidad, murieron otros tantos mil.

1763. Aun no bien las familias de los mejicanos habian enjugado las lágrimas por sus difuntos hijos, cuando comenzó á picar entre la gente pobre una terrible peste que se asemejaba á las que se habian experimentado ciento ochenta y siete, y veinte y seis años antes, pues terminaba con la crisis de flujo de sangre por las narices. Esta enfermedad en poco tiempo contagió á la ciudad, y tanto que no cabiendo los enfermos en los hospitales, fué preciso que las personas piadosas concurrieran para formar otros. Entre

los demas se señaló el P. Agustin Márquez, ministro de la casa profesa de los jesuitas, varon apostólico, que en pocos dias levantó uno tan grande, que abarcó á cuantos enfermos acudieron, y á cuantos los jesuitas empleados en la asistencia de los apestados hallaron que no tenian proporcion para curarse. Esto se debia á los ricos mejicanos, que pusieron en manos de aquel hombre ejemplar cuantiosas limosnas, exhortándole á que no perdonara gastos, con tal que los enfermos estuvieran bien asistidos. El arzobispo de Méjico D. Manuel Rubio y Salinas, mostró en esta calamidad entrañas de padre comun, no solo con los socorros que abundantemente hacia dar á los pobres, sino tambien á los jesuitas, que lo iban á ver por motivo de alguna confesion, á quienes despues de alabar su celo, les proveía de dinero para que socorrieran á los enfermos. Entre tanto que cundía la peste, el fervor de los jesuitas crecía, y la calle de la profesa al amanecer estaba ocupada del pueblo, esperando que abrieran las puertas para llevarlos á las confesiones. En este ministerio gastaban lo mas del dia, teniendo apenas tiempo de comer y reposar. Esta fué la causa porque fueron víctimas de su caridad los padres Lorenzo Sanábria y Juan de Alba, á mas de otros que estuvieron en peligro sus vidas. Parecia el cielo de bronce, y las plegarias que se hacian no tenian efecto. Ultimamente, se determinó hacer un solemne novenario á Dios por intercesion de su Madre; para esto se llevó de S. Gregorio á la casa profesa la milagrosa estatua de la Virgen de Loreto, haciendo las funciones los órdenes religiosos. El último dia, que tocó á los jesuitas, predicó el mejor orador de la Nueva España, P. José Julian Parreño, á quien nombro por dejar á la posteridad un testimonio de mi agra-

decimiento, debiendo á su instruccion el cual buen gusto de las letras. El dicho, como era uno de los que asistian á los apestados, sin prevencion subió al pulpito, y apenas hizo una pequeña exhortacion para recurrir con confianza á Jesus por medio de su Madre, por cuya intercesion comenzó efectivamente á disminuirse la peste, y casi acabó en aquel año; pero siguió en la tierra adentro, en donde fué mayor el número de muertos, acaso careciendo de los socorros que ofrece la capital: la miseria abreviaba sus dias.

Al tiempo que esto pasaba, el marques de Cruillas daba las providencias mas acertadas para sostener con honor la guerra, si de la Habana pasaba á la costa de Nueva España; y habiendo llegado los regimientos de milicias de las ciudades y villas del reino, pasó á Veracruz. Estos, asoleados con el largo camino, luego que llegaron á dicha ciudad experimentaron lo malo de aquel temperamento, y murieron muchos, lo que obligó al Virey á repartirlos por Jalapa, Perote, y otros lugares sanos. Entre tanto él mismo encomendada la defensa de aquella plaza á oficiales experimentados, dió la vuelta á Méjico. En este tiempo arribó al dicho puerto una embarcacion de Campeche que traía preso á un religioso Servita, que decia haber ido á aquella ciudad de orden del conde de Albemarle á proveer de calzado á la tropa inglesa; pero habiéndole hallado entre sus papeles no sé qué plantas de algunas fortalezas españolas, como espía lo remitieron al Virey. Luego que este religioso llegó á Méjico, con parecer de la audiencia fué llevado á la cárcel, lo que el arzobispo sintió mucho, pues se faltaba á la inmunidad debida á los eclesiásticos. Así que hizo fijar excomulgado á D. Juan Francisco Castro, secretario de cámara, que habia intervenido en aquel

negocio: incontinentemente el marques de Cruillas, juntó el acuerdo en que se resolvió librar una real provision al arzobispo para que alzara la excomunion, lo que luego se hizo; mucho mas que se trataba de un sugeto cuya rectitud de intencion le era bien conocida al arzobispo.

Al mismo tiempo que esto sucedia, dió fondo en Veracruz un navío ingles que mandaba su capitán Linksay. Al principio hubo sus dificultades sobre admitirlo al puerto; pero sabiendo que venia despachado de la Habana á traer la noticia de la paz, se recibió con todos los honores militares. De este se supo la toma de la Habana, y que se iba á tratar de paz con Inglaterra.

La misma nueva llevó á Nueva España una flota que llegó en aquellos dias. En esta llegaron despachos del Rey, en que avisaba al marques de Cruillas la temprana muerte de la Reina Maria Amalia de Sajonia, y le mandaba que en aquel reino se le hicieran las exéquias acostumbradas. En cumplimiento de esto, dado la orden al ayuntamiento de publicar los lutos, comisionó el Virey á dos oidores conforme á la costumbre, para que entendieran en el aparato fúnebre. Estos encomendaron la disposicion del real túmulo al célebre pintor Cabrera, quien bajo la direccion del P. Julian Parreño, que no tenia igual en punto de inscripciones de que habia sido encargado, salió la obra de mejor gusto que cuantas se habian visto en el reino de Méjico.

1764. Prevenido en catedral el real túmulo, se hicieron las exéquias por la difunta Riena. Ese mismo año el marques de Cruillas escribió al Rey respondiéndole que la Nueva España estaba sin defensa, pues fuera de un regimiento que no estaba completo, y que componia la guarnicion de Veracruz, de algunos pocos sol-

dados que habia en Acapulco, y dos compañías, una de caballería y otra de infantería que servian á la pompa de los vireyes, no habia mas tropas en aquel vastísimo reino. Que bien, era verdad que en todas las ciudades de la gobernacion se habian levantado compañías de milicias, particularmente en Méjico, en donde á mas de las compañías de los gremios, el comercio tenia arregladas catorce compañías, doce de infantes y dos de granaderos, que hacian el servicio en las ocurrencias de estar la tropa empleada en alguna expedicion; pero que estos soldados poco ejercitados en las armas, eran una débil defensa en un caso repentino de inundacion de enemigos: que este mal se remediaría fácilmente si se enviaban de España buenos oficiales, y se daba orden á los vireyes de hacer reclutas y formar regimientos que atendieran al servicio militar. En la misma flota llegaron las reales órdenes á favor de D. José Galvez, visitador, concediéndole una autoridad independiente del Virey, y casi ilimitada; quedando desde luego allanadas las dificultades que se habian suscitado entre él y el Virey. En virtud de estas tomó posesion de su empleo, el que ejecutó con severidad. Suspendió de su plaza de alcalde del crimen, bien que por sentencia superior volvió á su puesto, al Sr. Gamboa, quien volvió con satisfaccion y honor á su plaza, pues D. Diego Madrid jamás fué llamado, y sirvió sin interrupcion en esta audiencia hasta su muerte, ya de oidor, con honor y desinterés. El Sr. Gamboa murió de regente de la audiencia, habiendo sido antes de la audiencia de Santo Domingo: fué natural de Guadalajara, y colegial de S. Ildefonso.

1765. Este visitador, dotado de gran-

1 Villaseñor, p. 1. lib. 1. cap. 6.

des talentos y de una aplicacion á los negocios, que parece increíble, á un mismo tiempo se empleaba en atender á tantos asuntos cuantos dependen de los tribunales de un vastísimo reino y de todos los que lo gobernaban: en Veracruz quitó de la contaduría á los oficiales reales; en Puebla al superintendente de la aduana, Pedraza, que habia comprado á gran precio aquel empleo: en la misma desgracia incurrió D. José Añarcon, superintendente de la aduana de Méjico; pero este, fiado en la rectitud de su conciencia, hizo sus recursos que le valieron á sus herederos despues de sus días el reintegro de sus sueldos. Lo mismo hizo con el contador de tributos, Lic. D. José Gallardo, y con D. Ignacio Negreiros, que tenia una plaza en el tribunal de cuentas; pero ambos despues de algunos años recobraron sus cargos. Con estos procedimientos del visitador, la Nueva España se administraba con integridad, pues cuantos tenian empleos públicos civiles, temian de un día á otro ser depuestos. Mientras que D. José Galvez atendia al mas recto cumplimiento de los deberes de los ministros, pensaba en el aumento de rentas reales. La primera en que puso mano fué en el tabaco, que hasta entonces como planta propia de la Nueva España, pues nace de por sí, su comercio habia sido libre. A semejanza de España lo hizo estancar. Halló en esto grandes dificultades, porque comprendia á casi la mayor parte del reino que lo usan, no tanto en polvo cuanto en humo, en ciertos cigarros, como allí llaman, á manera de cañoncitos de papel y tabaco. A mas de que la villa de Córdoba y otros lugares mantenian con grande aumento de riquezas aquel comercio, por la buena calidad del que producian aquellas tierras. Si á esto se agrega que muchas familias pobres vivian del traba-

jo de hacer los cigarros, se conocerá que aquel proyecto debia causar el disgusto de toda la Nueva España. No obstante, la constancia de D. José Galvez, valiéndose de la buena índole de los mejicanos, lo venció todo. A los vecinos de la villa de Córdoba dejó el cultivo del tabaco con la obligacion de venderlo á los almacenes del Rey á cierto precio, y proveyó que á las familias pobres se les continuara á suministrar aquella yerba para la fábrica de cigarros, con tanta utilidad del erario, cuanto se puede sacar de un género que casi todos consumen.

En el establecimiento del estanco del tabaco no fué D. José Galvez igualmente feliz en toda la Nueva España: en los vecinos de Quautemalan halló resistencia. Para allanar las dificultades que allí nacieron, despachó al oidor Calvo, hombre activo, con amplios poderes; pero á su llegada nació un alboroto en la ciudad, que lo obligó á retraerse al convento de los franciscanos. No obstante, el presidente, audiencia y regimiento, calmaron aquella vecindad, y con las mas suaves maneras consiguieron que soportara la carga que le imponia. Al tiempo que esto pasaba, se numeraban en aquel reino las casas de las ciudades, lo que en Méjico se hizo sin alboroto; en Puebla hubo sobre esto algunos tumultos, pues aquel vecindario, que es de los mas ariscados del reino, temia que aquella novedad no les acarreará una nueva imposicion; por esto á los ministros que emprendian numerar las casas, los veían con desagrado haciéndolos volver á sus posadas á pedradas. Sabido esto por el visitador, mandó que se sobreyese. Por este tiempo, restituida de los ingleses la Habana á los españoles, para la isla de Cuba y del continente de Nueva España, mandó el Rey que del Ferrol partieran cada mes por correos embarcacio-

nes ligeras: providencia de las mas acertadas que se han dado, que acalora cuanto saben los que se emplean en la carrera de las Indias. Poco tiempo despues se hicieron en Méjico y en todas las ciudades del reino iluminaciones, corridas de toros, y otros festejos por el casamiento del príncipe de Asturias con María Luisa de Parma. El 1º de Noviembre, despues de una navegacion la mas feliz, aportó á Veracruz D. Juan de Villalba, teniente general, comisionado para el arreglo de las milicias. Con él fueron cinco mariscales de campo, muchos oficiales y soldados gregarios.

1766. El marques de Cruillas que habia sido el autor de que se arreglaran las milicias y se levantaran regimientos, por su mano se lastimó, pues persuadido á que aquella comision se confiaría al cuidado de los Vireyes, y se les aumentaria su autoridad, sucedió lo contrario. Su jurisdiccion se coartó con la llegada de D. Juan de Villalba, de quien tuvo mucho que sufrir, y entró en disputas interminables. Entre tanto el marques de Rubí, uno de los mariscales de campo que el año antes habia venido, luego que recibió la comision de visitar los presidios de la Nueva España, se encaminó para Sonora, al mismo tiempo que el provincial de los Jesuitas P. Francisco Zevallos, habia hecho ante el Virey renuncia de todas las misiones que estaban á cargo de la Compañía de Jesus, en que estaban empleados mas de cien sugetos. En ella el provincial suplicaba al Virey dos cosas: la primera, que por su renuncia no creyera que la Compañía se queria descargar de atender á la conversion de los infieles, que tenia por instituto: que sus individuos estaban prontos á ir á las partes remotas de la gentilidad. La segunda, que en la sustitucion de otros misioneros se atendiera

á ocupar provincia por provincia, no entresacando las misiones mas cómodas, á fin de evitar disputas entre individuos de diversos institutos. El marques de Cruillas que se hallaba sin instrucciones para aquel caso, pasó la renuncia al acuerdo. Este fué de parecer que se consultara á los obispos, en cuyas diócesis estaban situadas aquellas misiones. ¹ Efectivamente, así se hizo, y los obispos respondieron oponiéndose á que se substituyeran otros sacerdotes, temerosos de la ruina de aquella reciente cristiandad. No se puede dudar que estos informes pasaron á la corte. El P. Zevallos se movió á dar este paso, porque sabia muy bien que los enemigos de los jesuitas publicaban las grandes riquezas que los misioneros de Californias habian acumulado con la pesca de perlas, los de Sonora con sus ricas minas &c. Así, que para dar un público testimonio de estas falsedades, determinó que su religion se descargara de este peso.

En esto entendia el marques de Cruillas, cuando llegó á Méjico su sucesor D. Carlos de Croix, marques de Croix, que

¹ Clavijero, hist. de Calif. lib. 4. parrafo 6.

tomó posesion ² del vireinato el 25 de Agosto. Desde luego se echó de ver la integridad de que era adornado, pues no se pudo conseguir que recibiera aun aquellos regalos que se hacian á los Vireyes recién llegados. Este modo de proceder tan desinteresado, mantuvo todo el tiempo de su gobernacion. Por este motivo suplicó al Rey que le aumentara la renta, lo que tuvo efecto librando Carlos III, real cédula en que mandaba, que de cuarenta mil pesos que se daban á los Vireyes de Méjico de sueldo, se les diese en adelante sesenta mil. El marques de Croix, al desinterés, juntaba la afabilidad, recibiendo á cuantos pedian audiencia. Por lo demas enteramente se gobernaba por el parecer del visitador D. José Galvez, conforme á las instrucciones que se le habian dado. Entre tanto, el fiscal de la audiencia de Manila D. José Areche, residenciaba al marques de Cruillas que se habia retirado á Cholula; y aunque á los demás Vireyes se les habia permitido hasta entonces que su podatario respondiera á los cargos que se les hacian, esta gracia se negó al marques, que tuvo mucho que sufrir en aquel largo juicio.

² Libro Capitular.

FIN DE LA PARTE ESCRITA POR EL P. CAVO.

SUPLEMENTO

A LA

HISTORIA DE LOS TRES SIGLOS DE MEJICO,

ESCRITO POR EL LICENCIADO

D. CARLOS M. DE BUSTAMANTE.

PUBLICADOS ya los dos tomos de la *Historia de los Tres Siglos de Méjico durante el gobierno español*, del PADRE ANDRES CAVO, que se han recibido con aprecio en toda la República mejicana; creí conveniente continuar aquella obra, tomándola desde el año de 1767, en que se verificó la expatriacion de los padres Jesuitas, de cuyo suceso memorable no quiso hacer mencion el PADRE CAVO, por ser Jesuita, y no presentarse con el carácter de apasionado. Su hombría de bien llegó á tal punto, que elogió la integridad del marques de Croix, y la sabiduria del Visitador Galvez en el ramo de hacienda, no obstante que ambos fueron ejecutores eficaces de aquel decreto de proscripcion que lo redujo á la miseria.

Confieso que he acometido la empresa de continuar su obra con no poco temor, porque su pluma es la de un sábio, y tiene el temple de la de Plutarco: su crítica es juiciosa: su diccion selecta y pura: su estilo sencillo, y su imparcialidad á toda prueba. Yo no poseo estas cualidades en aquel alto grado, y creo por lo mismo que mi continuacion viene á ser como un remiendo de tosca jerga, surcido en una capa de brillante púrpura. Solo me ha animado el ver que mis conciudadanos carecian de una historia que les pudiese referir menudamente cómo han sido gobernados en el curso de tres siglos: qué novedades han ocurrido de entonces acá: cual ha sido el carácter de los vireyes, y de qué modo se ha desenlazado este drama político, cuyo comen-zamiento ha tenido tantos y tan variados escritores, ya regnícolas, ya extranjeros, que apenas han podido fijar la verdadera idea de como se hizo esta conquista. Esto, á fé mia, es digno de saberse; seria mengua que los mejicanos careciesen de semejante historia, por cuya falta se cometerian grandes yerros en las reformas políticas á que induce el actual sistema de gobierno. Lo que dá á conocer las ventajas ó inutilidad de estas, es el cotejo de lo que se ha ejecutado en tiempos anteriores, con lo que se intenta reformar ahora; la historia es la guia mas segura de los legisladores y el timon de la nave del Gobierno en las tempestades políticas.